

EUROCOMUNISMO

¿Evolución o estrategia?

El término eurocomunismo, controvertido donde los haya y que tantos ríos de tinta ha hecho correr de un tiempo a esta parte, se nos hace cada día más difícil tras las recientes declaraciones de dos militantes, comunista uno y director de «Pravda», y eurocomunista el otro y Secretario General del Partido Comunista Italiano.

Victor Afanasiev, director del diario soviético «Pravda» portavoz de la más estricta ortodoxia del P.C. ruso, en las manifestaciones hechas a periodistas españoles afirma que «el eurocomunismo no existe (...). Es una invención de Brezinsky, consejero del Presidente Carter, para dividir al movimiento comunista internacional». Y agrega: «No hay más que un marxismo, que se aplica en distintas condiciones históricas. No se puede hablar de un marxismo chino, soviético o español, como tampoco es igual la URSS de 1917 que la España de 1977».

Por su parte, Enrico Berlinguer, ante las serias advertencias contra el ateísmo marxista hechas por los Padres Sinodales de países donde el P. C. domina, lanza como un bombazo una carta abierta en la que sostiene que el P.C.I. no profesa la filosofía del materialismo ateo y aspira a construir «un Estado laico y democrático y no un Estado teísta, ni un Estado ateo, ni un Estado antiteísta».

¿Quién dice la verdad?

Dejando aparte que unas son las teorías que se proclaman y otra muy distinta la realidad de los hechos, habría que preguntarse: ¿Quién dice la verdad? Porque es obvio que uno de los dos miente. Aunque, yendo al fondo de la cuestión, de lo que se trata es de dilucidar si el eurocomunismo es una auténtica evolución del marxismo —llegando incluso a una actitud disidente con respecto al Gran Jefe Ruso— o, por el contrario, es lisa y llanamente una simple estrategia para la conquista de Occidente.

No estaría de más recordar la opinión de un comentarista político que se pregunta quiénes son los verdaderos disidentes del P.C. ruso. Los de verdad, los auténticos —afirma—, son los Sajarov, los Solzenitsin, los internados en las cárceles psiquiátricas rusas. Los otros, los eurocomunistas, sólo están en oposición aparente, mero ardid de guerra para mejor vencer.

Si desde un punto de vista ideológico no parece posible el «despegue» eurocomunista —que sigue inmerso en el espíritu marxista—, tampoco es fácil admitirlo con respecto a la URSS, dados los intereses económicos, políticos y militares del Gran Patrón con respecto a sus futuros «satélites», a los que ampara y a la vez hace prisioneros.

Gramsci o la nueva estrategia

No se puede hablar de eurocomunismo sin hacer referencia a su inspirador: Antonio Gramsci, fundador con Togliatti del Partido Comunista italiano. Gran estrategia, se da cuenta de que, para lograr el triunfo de la revolución en Occidente, debería operarse a través de la conquista de la «sociedad civil» —superestructura, en lenguaje marxista—; es decir, a través de las ideas y creencias, costumbres...: ideología, en una palabra. Y todo ello utilizando como medio los elementos culturales, los modos de pensar.

Una vez superado el primer peldaño, merced a la «siembra cultural», la conquista de la sociedad política (poder del Estado) vendría por sí sola, y en ella se efectuarían las transformaciones económicas previstas por el marxismo. Es decir, si para Marx lo primordial, lo determinante, es la infraestructura —fuerzas y relaciones de producción—, para Gramsci lo es el mundo de las ideas, del «sentido común», que él desea transformar. ¿Cómo conseguirlo? A través de etapas perfectamente estudiadas, en las

que cumplen un papel preponderante los intelectuales, los medios de comunicación social y los educadores.

Tras una primera etapa de vacío, de crisis de valores, en que se procura poner en duda lo «tradicional» —apodado de trasnochado, caduco, superado— enfrentándolo con lo «nuevo», lo moderno, lo auténtico, y en la que la sociedad permisiva, consumista, y dentro de ella la izquierda burguesa y radical, asumen un importante papel, se procede a la «siembra cultural» para cambiar el «sentido común», esa «filosofía de los no filósofos» —al decir de Gramsci—, y empaparla de la ideología revolucionaria.

El moderno príncipe

Para el pensador sardo, es el Partido Comunista —«Intelectual Colectivo», en frase de Togliatti— la fuerza que hace posible el tránsito de la visión arcaica de la vida —trascendente, en suma— hacia una moderna, secular, immanente, en la que Dios no cuenta y en la que el hombre sea artífice de sí mismo.

Una vez que la cultura haya sido dominada por la opción materialista y atea, los cristianos, según afirma Gramsci, «se convertirán en hombres, en sentido moderno de la propia conciencia los principios de su acción, hombres que rompen los ídolos, que decapitan a Dios».

Las palabras son duras, pero esclarecedoras para conocer el pensamiento gramsciano. Y una vez decapitado Dios, es el Partido —moderno Príncipe— quien ocupa en la conciencia el puesto de la divinidad. Es el depositario de la «verdad», verdad pragmática que cae dentro del posibilismo de Maquiavelo, según la cual —continúa Gramsci— «todo acto se concibe como útil o dañoso, como virtuoso o vicioso, únicamente (...) en la medida en que sirva para aumentar su poder (el del Partido) o para controlarlo».

¿Y qué piensa Gramsci con respecto a ese duro adversario que es la Iglesia?

El padre del eurocomunismo analiza, estudia rigurosamente, y llega a la conclusión de que si la Iglesia ha pervivido es por su doctrina única para todos —élite y pueblo—, inspiradora del sentido común cristiano.

¿Cuál ha de ser la táctica del Partido resquebrajarla? El buen estratega de «guante blanco» descubre un camino más ético que el de la persecución —que sólo hace mártires, que son simiente—: el de enfrentar a la «base» con la Jerarquía, haciéndola saltar desde dentro.

Cabría aquí señalar el papel coadyuvante del modernismo en este proceso.

Y bien, según los principios esbozados, ¿pueden honradamente Berlinguer y sus correligionarios proponer un Estado no ateo, no antiteísta, democrático y pluralista? ¿No será que los eurocomunistas, fieles a las nuevas tácticas gramscianas —que, por cierto, han dado muy buen resultado en Italia—, deciden arrojarse con piel de oveja, haciéndose olvidar la dictadura del proletariado —que en Occidente suena muy mal— y mostrándose como abanderados del pluralismo, pretenden utilizar la democracia como puente para la instauración del «nuevo orden»? No puedo dejar de apostillar: orden, desde luego, pero al precio de la libertad.

En todo caso, si es en la práctica social —praxis— donde una teoría debe demostrar su verdad —según afirma Marx—, ¿existe un solo país comunista donde se tolere una sociedad pluralista y libre? Ahí están, para desmentirlo, los gritos de alarma de los Padres sinodales polacos, checoslovacos, yugoeslavos, alemanes orientales, ucranianos, vietnamitas y mozambiqueños. Ellos sí dicen la verdad.

M.^a Pilar Moïño